

por dos, claro es que habrá de leerse *crêr* y *viéndós*, ó faltaria el verso á la medida: para que se lean tales palabras como el autor quiso, las he impreso de esa manera abreviada, y lo mismo todas las que se hallan en igual caso.

Era tambien práctica general en los tiempos de TELLEZ escribir ciertas palabras de dos ó tres modos distintos: léese en una obra misma unas veces *oscuro*, otras *escuro*, otras *obscuro*; tan pronto *medecina* como *medicina*, *licion* como *leccion*, *dotor* como *doctor*, *agora* como *ahora*, etc. A las segundas personas de plural de los pretéritos, ya se les dan las terminaciones en *asteis* y en *isteis* como en el dia, ya las anticuadas en *astes* é *istes*. En los infinitivos con pronombre se truecan tal vez en *ll* la *r* final y la *l* que le sigue, y otras veces no; por último, en la segunda persona de plural del imperativo, la *d* con que termina el verbo se pospone en ciertas ocasiones al afijo, al paso que en otras permanece en su puesto natural. Fácil hubiera sido hacer en muchos casos que desapareciera esa falta de uniformidad; pero siendo uso corriente, ha parecido que debería ser respetado.

Entre *El Teatro escogido* que ántes publiqué y *Las Comedias escogidas* de TELLEZ que ahora publico, hallará el lector la diferencia de que las dos colecciones no comprenden las mismas comedias. La explicacion es muy sencilla. Las obras maestras de TELLEZ deben entrar en todas las colecciones; pero entre las comedias de segundo orden se puede escoger. Las que introduje en *El Teatro escogido*, ya son conocidas: bueno es dar á conocer alguna mas, aguardando la ocasion de que se reimpriman todas. Por eso han tenido cabida en este volúmen las comedias tituladas *Cautela contra cautela*, *La ventura con el nombre*, y *los Amantes de Teruel*, que eran rarísimas. En *Madrid* y en una casa corria como obra de Don Francisco de Rojas, sin serlo sino en parte: tal como va en esta coleccion, no se halla en ninguna de las ediciones que de ella conozco. *Los balcones de Madrid* y *El Convidado de Piedra*, obras de Tellez muy desfiguradas por los impresores, aparecen aquí ménos defectuosas que como ordinariamente se hallan; y en fin, el notabilísimo drama de *El Rey Don Pedro en Madrid ó el Infanzon de Illescas*, mucho mas raro que los otros cinco arriba citados, ha sido impreso no por las ediciones antiguas que de él se encuentran, sino por un manuscrito hasta ahora inédito. *El Infanzon de Illescas* ha sido atribuido á Lope: el que damos nosotros, ni es de Lope, ni quizá sea tampoco de Tellez; pero es una obra casi desconocida, muy digna de ser estudiada, y no faltan razones, como se verá en su lugar, para atribuírsela á Tellez; por eso la incluimos entre las suyas.

Para que nuestros lectores juzguen por sí al poeta que les ponemos entre las manos se ha reunido aquí lo que han escrito acerca de TELLEZ seis personas las mas competentes y respetables, los Señores Duran, Lista, Martínez de la Rosa, Gil de Zárate, Mesonero y Búrgos: no siempre convienen unos con otros (y si convinieran, bastaba un artículo); pero la misma diversidad de opiniones proporciona ocasion para estudiar al célebre TIRSO DE MOLINA bajo todos aspectos.

Reciban esta obra los doctos con la indulgencia propia de quien sabe cuán difíciles é ingratas son las de su género; recíbanla los amantes de nuestro teatro antiguo como útil y necesaria, bien que imperfecta, y quede para otro mas feliz la gloria de llevar á cabo lo mucho que le dejo que hacer.

ARTICULOS BIOGRAFICOS Y CRITICOS

DE VARIOS AUTORES

ACERCA DE FRAY GABRIEL TELLEZ Y SUS OBRAS.

I.

DEL SEÑOR DON AGUSTIN DURAN.

Con el supuesto nombre de EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA se representaron en el teatro ó se publicaron las obras dramáticas del Padre Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, uno de los mejores poetas que honraron la escena española en el siglo xvii.

Casi nada sabemos acerca de su vida literaria y política; mas nos quedan sus escritos, que es lo mas importante para la fama del autor, y lo mas útil á la posteridad.

El doctor Don Juan Perez de Montalvan, en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo xvii (1), trae un catálogo de hombres célebres naturales de Madrid, y entre ellos dice el autor de que tratamos lo que sigue: «El Maestro FRAY GABRIEL TELLEZ, presentado y comendador de la orden de Nuestra Señora de la Merced, predicador, teólogo, poeta, y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre supuesto del Maestro TIRSO DE MOLINA muchas comedias excelentísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene ahora para dar á la estampa unas novelas ejemplares, que con decir que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas.»

Todo cuanto concierne á la familia, estudios y representacion social del Maestro TELLEZ, hasta 1613, se ignora y no nos ha sido posible indagarlo; pero se sabe que ya entónces era religioso de la Merced Calzada, y que residia en Toledo, habiendo tomado el hábito quizá á los cuarenta años de edad. De aquí se infiere que su nacimiento pudo ser por los de 1570 ó inmediatos, es decir, siete ú ocho despues de Lope de Vega.

A su mucho mérito literario debió sin duda el Maestro TELLEZ los honrosos empleos y cargos que le confirió su orden, en la cual desempeñó con aceptación general los de presentado, maestro en teología, teólogo, predicador, definidor y coronista de ella respecto á la provincia de Castilla la Nueva.

En 29 de setiembre de 1645 fué finalmente elegido por comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad, sobreviviendo solo trece á su modelo, amigo y paisano Frey Lope Félix de Vega Carpio.

Si atendemos á la clase de estudios necesarios para que el Maestro TELLEZ pudiese desempeñar y obtener tan arduos y eminentes cargos, debemos presumir que tenia muy adelantados, ó mas bien concluidos y muy ejercitados, dichos estudios ántes de hacerse religioso, pues la edad en que tomó el hábito no es la mas á propósito para empezar y progresar en una carrera

(1) La edicion mas antigua de que tengo noticia es la de Huesca, 1655. (Nota del colector.)

tan larga y penosa como la que emprendió y terminó. No será pues muy aventurado suponer que el Maestro TELLEZ, ántes de abandonar el siglo, era ya eclesiástico, ó habia al ménos seguido la carrera para serlo; y aunque el carácter de sus obras dramáticas parezca impropio de un estado tan serio, se desvanece esta objecion con solo echar una mirada sobre el siglo en que floreció. En él se advierte que los mas célebres y los mayores poetas que brillaron en los teatros de España, tales como Lope de Vega, Tárrega, Calderon, Pacheco, Moreto, Solis y otros muchos, acabaron su vida siendo eclesiásticos.

A sus trabajos serios debió TELLEZ los honores y representacion social que adquirió durante su vida; pero ciertamente á lo que escribió bajo el nombre de TIRSO DE MOLINA es á lo que debe este poeta festivo la corona que le tributa la posteridad. Contemporáneo, paisano, discípulo, amigo é imitador del gran Lope de Vega, y arrastrado como este por el torrente de su siglo, sacudió tambien el yugo de las reglas clásicas y eruditas, y dejó vagar la rica vena de la imaginacion por donde quiso llevarle el instinto de su ingenio y la influencia de la civilizacion y de la sociedad en que vivia. Si hizo bien ó mal en seguir la senda que encontró ya abierta, sus obras hablan, y los juicios que sobre esto se formen, por encontrados que sean, hallarán sin duda en ellas motivos para justificarse.

Las comedias de Tirso pueden dividirse en las tres clases siguientes:

- 1.ª Las de intriga y de costumbres.
- 2.ª Las históricas y heroicas.
- 3.ª Las de asuntos devotos y religiosos.

Las comedias de intriga son propiamente fábulas de pura invencion, en que se mezclan personajes de todas las clases de la sociedad, desde las cabezas coronadas hasta los humildes pastores; pero como ordinariamente representan actos de la vida privada, apénas se distinguen en ellas los mas altos personajes de los de la clase media. Como Tirso escribia para españoles, y acaso no conocia otras costumbres que las de su patria, resulta que sus protagonistas siempre son españoles; y aunque les imponga nombres extranjeros, no por eso dejan de conservar las formas de la sociedad y de la corte de Felipe IV.

En estos dramas de intriga se cruzan, se encuentran, se chocan ó marchan á la par una multitud de acciones é incidentes mas ó ménos verosímiles, que á veces forman un laberinto indefinible, enlazado al asunto principal como por encanto, y que excitando la curiosidad, anhelo y jovialidad del espectador, le mantienen absorto, y producen y sostienen en él un interes y una satisfaccion interior, siempre en aumento, siempre grata y siempre inexplicable. La crítica severa pierde sus armas ante el gracejo, el cúmulo de incidentes y de diálogos encantadores que se encuentran en dichos dramas: el espectador ó no repara ú olvida la inverosimilitud de los medios con que se le conduce de sorpresa en sorpresa, de placer en placer, y cuando vuelve en sí ya está producido el efecto, y no puede romper la red mágica en que se halla preso, ni se atreve á quitar al poeta que tan deliciosamente le ha engañado, la máscara jovial y maligna con que encubre sus deslices.

Verdad es que Tirso en esta clase de comedias imita y no crea la invencion algo tosca de las primeras producciones dramáticas de Lope de Vega; verdad es que se repite mucho en las situaciones y en el modo de conducir las y desenvolverlas, y es cierto tambien que los caracteres que presenta son siempre de un tipo mismo, ó que se encierra entre lineamentos muy semejantes; mas estos defectos solo sirven para realzar mas y mas el mérito peculiar y característico del epigramático autor de *El Vergonzoso en Palacio*, de *Por el sótano y el torno* y de *Don Gil de las Calzas verdes*.

A pesar de las monótonas y quizá monstruosas invenciones de Tirso, nadie ve las comedias suyas que no desee verlas una y otra vez, creyendo admirar cosas nuevas; porque si sus fábulas son muy parecidas entre sí, su estilo es tan sabroso y tan vario, su diálogo tan rápido, tan trabado y oportuno, sus gracias tan expresivas, sus sales tan malignas, aunque vestidas de aparente candor, su versificacion tan llena y libre, y sus rimas tan ricas, abundantes y variadas, que el espectador atónito no puede resistir á tanta magia, y se deja llevar sin resistencia al país encantado donde el jugueton y hechicero Tirso le quiere conducir.

El desenfadado de este gran poeta es tal que alcanza á todo cuanto entra en las facultades del ingenio, y así usa de la lengua con tanta libertad y despejo, que admira. Nada le detiene en este punto: la maneja á su albedrío, venciendo siempre la dificultad de la rima por medios tan oportunos é inesperados, que no parece sino que es el dueño absoluto de la lengua, y que esta pone á su disposicion sin resistencia todos sus recursos y facultades, segura de que el poeta sabrá engalanarla y enriquecerla. ¡Cuántas frases, palabras y modismos ha creado Tirso! ¡cuántas de sus aprensiones caprichosas han quedado como proverbios!

Siguiendo el torrente de su siglo, no parece que Tirso se propuso en estos dramas otro fin que el de entretener y divertir al público, pintándole con colores vivos y poéticos los caracteres y modales que constituian la sociedad cortesana de su tiempo, tal como él la conocia, ó creia conocerla desde el punto que ocupaba en ella, ó bajo el aspecto en que podia observarla. Para conseguir este objeto reviste á los interlocutores, de los caracteres y costumbres que ha concebido, y presenta en hermosos diálogos una sátira, quizá punzante, de los hábitos de su siglo, pero nunca enconosa ni sangrienta, y siempre manejada mas bien para excitar la risa un poco maligna del espectador, que para esgrimir malignamente las armas de la ridiculez, ni para promover sentimientos de amargura y odio contra la humanidad.

Ya á fines del siglo xv y á los principios de nuestro teatro, el presbítero Torres Naharro habia hallado la senda original que siguió el drama español en el xvii. Los pobres y tristes ensayos que algunos eruditos intentaron para aclimatar las formas griegas y latinas en nuestra escena, así como tambien las rudas producciones de Lope de Rueda, Timoneda y otros, desaparecieron como el humo ante el talento del fecundo Lope de Vega, apoyado en nuestro gusto peculiar, imitado despues por toda la Europa. Tirso siguió este mismo camino; y, así como sus antecesores y maestros, jamas se propuso de antemano un fin moral, directo y único en ninguna de sus comedias. Cada una de ellas es una novela de costumbres, de donde pueden deducirse una ó mas máximas morales, al modo que de cualquiera poema puede formarse una alegoria, aunque el autor no se lo haya propuesto. Por consecuencia del género que adoptó, no profundiza una cierta y determinada pasion ó un vicio de los que suelen dominar el corazón humano; pero considerando al hombre en concreto, le maneja, le conduce y le penetra hasta lo mas íntimo del alma, para encontrar en ella las raíces de sus vicios y las causas de sus acciones miradas bajo el punto de vista que presentaba, y en que influian poderosamente las preocupaciones y el modo de existencia social de su siglo y de su país. Cada personaje de sus dramas participa del carácter general de la nacion, y tiene la identidad propia que resulta de la combinacion y fuerza de las pasiones que le presta, y de las situaciones en que le pone. No es fácil adivinar bajo qué aspecto ó prevencion contemplaba Tirso los hombres y las mujeres: quizá el punto desde donde los observaba era aquel donde se descubre demasiado el corazón humano, y en que el barniz necesario para el trato social se desvanece, ó quizá las personas que habitualmente trataba no pertenecian á las clases mas moralizadas de la sociedad. Lo cierto es que los hombres de Tirso son siempre tímidos, débiles y juguete del bello sexo, en tanto que caracteriza á las mujeres como resueltas, intrigantes y fogosas en todas las pasiones que se fundan en el orgullo y la vanidad. Parece á primera vista que su intento ha sido contrastar la frialdad é irresolucion de los unos con la vehemencia, constancia y aun obstinacion que atribuyó á las otras en el arte de seguir una intriga, sin perdonar medio alguno por impropio que sea. En esto estriba mas que en nada el carácter de las invenciones de Tirso, y tanto, que no solo se halla este tipo en sus comedias de costumbres, sino tambien en las heroicas. Un protagonista tímido, irresoluto, tibiamente enamorado, ó ciegamente sumiso á los caprichos de una dama de quien por vanidad y á pesar suyo es amado, es casi siempre el héroe de los dramas de Tirso. La intriga en ellos se reduce generalmente á los obstáculos que varias damas oponen á los deseos de la principal, la cual vence ó triunfa por mas astuta, mas ardiente ó mas picada que sus rivales.

Gustaba mucho Tirso de colocar en las mas altas categorías de la sociedad las figuras ó personajes principales que ponía en escena. Príncipes y duques extranjeros que compiten con aventureros españoles para quedar vencidos; princesas, duquesas y damas, pero en quienes

predomina mas bien el influjo del sexo y la vanidad, que las consideraciones del rango, constituyen generalmente los principales interlocutores de Tirso. No pocas el caprichoso poeta se complace en disfrazarlos con trajes campestres, y en prestarles el maligno lenguaje que con aparente sencillez caracteriza entre los aldeanos aquella especie de recelo y desconfianza que les inspira la gente cortesana, y del cual se valen para engañar mas á su salvo á los que se fían de apariencias. Esta clase de juego escénico le maneja Tirso tan maravillosamente, que hasta ahora ninguno le ha igualado. Causa sorpresa ver cómo produce tales contrastes, y el efecto que causa la malignidad y la ironía mas exquisita, expresada bajo las apariencias de sencillez bucólica que el autor sabe remedar con inimitable talento.

Los graciosos ó personajes jocosos, destinados en nuestro teatro para excitar la risa y evitar que el ridículo bajo caiga directamente sobre los personajes nobles, los toma Tirso casi siempre de las clases rústicas; y trasportando los individuos de ellas desde el campo á la corte, pone en contraste sus hábitos y costumbres anteriores con las nuevas que observan y quieren adquirir. De aquí resultan escenas sumamente graciosas que regocijan al público, y hacen reír aun á los mas severos preceptistas que llevan al teatro ánimo resuelto de silbar toda falta de lo que ellos entienden exclusivamente por conveniencias y verosimilitud. Los graciosos de Tirso casi nunca son groseros, y la risa á que provocan proviene de los contrastes ó de las aplicaciones malignas que el público hace de las sales y equívocos que el autor pone en su boca.

Este poeta sobresale extraordinariamente en la narracion muy dramática de algunos cuentos agudos, festivos ó satíricos y epigramáticos, que introduce con oportunidad en sus comedias. ¡Qué gracia de estilo, qué sencillez tan maligna y delicada se halla en ellos! ¡Qué modo tan oportuno de atacar los vicios de la sociedad, y de cada estado particular que la compone, se encuentra en estas cortas narraciones! Ni Boccaccio, ni La Fontaine, ni Ariosto, ni el mismo Molière han sido superiores á Tirso, en esta clase de mérito.

Del carácter marcado por este ilustre poeta en sus comedias de intriga, participan las heroicas y devotas. El mismo género de gracias y de sales, la misma facilidad de diálogo, y sobre todo el mismo tipo de caracteres se encuentra en unas y otras. En las heroicas como en las de intriga ó costumbres está toda la energía de parte de las mujeres; y la debilidad, la sumision y la tímidez son el distintivo de los hombres. Asi es que los asuntos históricos que pone en escena siempre los escoge donde halla caracteres de esta clase, como se verifica en sus dramas de *La Mujer que manda en casa*, de *La Prudencia en la mujer*, de *La República al revés*, y en otros varios.

Pero lo que admira mas, atendiendo á la clase de talento decididamente satírico y epigramático que distingue á Tirso, y á que la costumbre y sus triunfos debieron encadenarle, es el que cuando en sus composiciones serias toma la trompa épica ó la lírica, se levanta sobre las nubes, desde donde la hace resonar con dignidad, robustez, nervio y entusiasmo. Su lenguaje y estilo siguen como por encanto la elevacion de sus pensamientos, y entónces desaparece de la escena el maligno Tirso, para convertirse en un poeta heroico y sublime.

Entre los dramas de asuntos religiosos merece una atención muy grande, por ser eminentemente romántico, el que escribió con título de *El Condenado por desconfiado*; de él se hará á su tiempo un detenido análisis (1).

Las buenas dotes que distinguen á Tirso, ya como poeta, ya como dramático, consisten en su estilo natural, en su audacia y oportunidad para el manejo del idioma, en su versificación armoniosa y abundante, en la riqueza de sus rimas, en su caudaloso y rápido diálogo, en su modo travieso é ingenioso de contrastar las ideas, en sus sales picantes y epigramáticas, y en fin, en su expresión llena de gracia, soltura y amenidad.

Los vicios de que adolece principalmente consisten en la inverosimilitud y pobreza de sus invenciones, en la mala economía que usa para desenvolver sus fábulas, en la monotonía de los caracteres que pinta, en la demasiada confianza que tiene en la fe de los espectadores, y en los propios medios y recursos que le aventajan, y finalmente, en que sacrifica el decoro

(1) Véanse los Apéndices á este tomo.

de la escena al deseo de lucirse en el diálogo y al de proporcionarse ocasiones de gracejar, acaso con demasiada libertad.

Tales son, expuestas con imparcialidad, las dotes y los defectos que constituyen el carácter dramático del célebre Tirso de Molina. Con las unas, y á pesar de los otros, ha conseguido los aplausos de muchas generaciones, y que aun la presente concurre al teatro cuando se representan en él algunos de sus dramas. ¿Quién hay que los haya visto, que pueda lisonjearse de no haberse sonreído hasta con los mismos extravíos y aprensiones de un poeta caprichoso que juguetea con el público, con la poesía y aun consigo mismo? ¿No pudiera decirse que Tirso respectivamente ha hecho del drama lo que Ariosto del poema épico? Si el arte y las reglas preopinadas para todo se ofenden de las libertades que nuestro Tirso se toma, él las desenoja con sus gracias y sales inimitables; y la jovialidad pública prueba que el instinto del ingenio puede mas, vale mas, y sabe mas que todos los preceptistas sistemáticos del mundo. Y así debe ser, porque trabajando *à posteriori* sobre las creaciones del talento, es imposible que prevean todas las combinaciones y nuevos caminos que puede hallar un grande ingenio. En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fe en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizá arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demás géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion. Destinado al recreo del pueblo erudito y á producir un efecto rapido, influyen en él las costumbres y las circunstancias de un modo tan imperioso, que es imposible sostenerle sino sometiéndose á ellas. La idealidad dramática y el lenguaje es preciso que se revista de formas adecuadas á la inteligencia de aquellos ante quienes se han de presentar. Tan ridículo y pedantesco será hablar griego en el teatro de Madrid, por serlo el asunto de una tragedia, como presentar al pueblo ideas que no puede concebir ni creer, ó que son antipáticas con su gusto.

Tambien para el gusto hay una especie de legitimidad que emana de la costumbre y de la idiosincracia de los diferentes pueblos, la cual es preciso respetar y acatar. Si Corneille hubiese escrito su tragedia del Cid bajo las mismas formas que Guillen de Castro dió á su drama, no hubiera tenido mas renombre que Rotrou y otros traductores del teatro español; pero acomodándolo al tipo característico de su nación y á la tendencia que tomaba la literatura en la corte de Francia, fué allí tan aplaudido y celebrado, como Castro en España escribiendo para ella. El público de Paris daba mucha importancia á la verosimilitud que estriba en las unidades de acción, tiempo y lugar, y el de Madrid á la variedad y multiplicidad de incidentes que tienen suspenso el ánimo; y como ambas cualidades es imposible reunir las, cada autor respectivo, acomodándose á la fe y espíritu predominante de sus compatriotas, adquirió una justa celebridad, sin que pueda decirse cuál se puso en mejor camino, pues uno y otro siguieron el único que respectivamente convenia. La secta dogmática de los preceptistas se cansa en vano para encontrar un modelo constante y único de belleza: esta consiste, mas de lo que se cree, en relaciones singulares y especiales. Los siglos y las generaciones desmienten en esta como en todas materias las teorías en que siempre se prescindie de datos que pueden abstraerse mentalmente, pero que no se aniquilan en la realidad y en la práctica. Asi es que todos los esfuerzos y conatos, para reducir á puro mecanismo los vuelos del ingenio, serán siempre inútiles. El hombre gusta de la variedad tan naturalmente como de la simetría, siendo una y otra medio de placeres diversos.

Quien pretenda imponer formas invariables al ingenio, hace lo mismo que si quisiera reducirle á un caliscopio que, á fuerza de presentar los objetos simétricamente, y bajo los límites de un polígono, llega á fatigar los ánimos. Es preciso admirarse de que los preceptistas se hayan obcecado hasta el punto de creer que la poesía dramática solo puede y debe agrandar por la ilusión de una verosimilitud dada: nosotros, es verdad, gozamos con ella; pero sin ella la imaginación tiene otros placeres á que no queremos renunciar, por la única razón de que son diferentes y acaso incompatibles. El drama clásico, por ejemplo, á pesar de su sencillez monótona, nos produce una ilusión de verdad tan completa y natural que nos encanta; y el novelesco ó romántico, por la variedad de sus intrigas y acontecimientos, por la suspensión y an-